



Steven Millhauser
**EL LANZADOR
DE CUCHILLOS**

— Línea C —

INTERZONA

The image features a vertical red bar on the left side. Overlapping this bar and extending into the white background are several semi-transparent, overlapping geometric shapes. These shapes include triangles and polygons with rounded corners, some in a darker red and others in a light gray. The overall composition is abstract and modern.

**EL LANZADOR DE CUCHILLOS
Y OTROS CUENTOS**



Steven Millhauser

**EL LANZADOR DE CUCHILLOS
Y OTROS CUENTOS**

INTERZONA

INTERZONA

línea C

Millhauser, Steven
El lanzador de cuchillos / Steven Millhauser - 1a ed.
Buenos Aires: interZona editora, 2021.
200 pp.; 22 x 13 cm. (Línea C)
Traducción de: Carlos Gardini
ISBN 978-987-790-039-2
1. Narrativa . 2. Ciencia Ficción. I. Gardini, Carlos,
trad. II. Título.
CDD A869.3

© Steven Millhauser, 1998

© interZona editora, 2021
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Título original: *The Knife Thrower*
Traducción: Carlos Gardini
Coordinación editorial: Luciano Páez
Corrección: Laura Junowicz
Composición de interior: Brenda Wainer
Composición de tapa: Luciano Páez
Foto de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-790-039-2

Libro de edición argentina.
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



A Steve Stern



EL LANZADOR DE CUCHILLOS

Cuando supimos que Hensch, el lanzador de cuchillos, pasaría por nuestra ciudad para hacer una única presentación el sábado a las ocho de la noche, titubeamos, nos preguntamos qué sentíamos. ¡Hensch, el lanzador de cuchillos! ¿Queríamos batir las palmas de alegría, brincando y sonriendo con anticipado deleite? ¿O queríamos apretar los labios y apartar los ojos con severa reprobación? Así era Hensch. Pues si Hensch era un reconocido maestro de su arte, ese arte difícil y vagamente desagradable sobre el que sabíamos muy poco, también era cierto que lo precedían rumores perturbadores, y nos reprochábamos no haberles prestado suficiente atención cuando se publicaban en la sección de artes del periódico dominical.

¡Hensch, el lanzador de cuchillos! Conocíamos su nombre, por cierto. Todos conocían su nombre, como se conoce el nombre de un famoso mago o ajedrecista. Pero no estábamos seguros de lo que hacía. Recordábamos vagamente que desde joven había llamado la atención con su destreza, aunque solo lo tomaron en serio cuando alteró las reglas por completo. Había atravesado osadamente –temerario decían algunos– una frontera nunca cruzada por los lanzadores de cuchillos, y había obtenido una buena reputación con una actividad de reputación cuestionable. Algunos creíamos recordar que en sus días de feria había herido de gravedad a una asistente; al cabo de seis meses de retiro había regresado con su nuevo número. Había introducido en la casta disciplina de los cuchillos la idea de la herida artística, la marca de sangre que era la marca del maestro. Incluso habíamos oído decir que muchos simpatizantes ansiaban ser heridos por el maestro y lucir con orgullo la cicatriz, sobre todo las mujeres

jóvenes. Si estos rumores nos inquietaban, si nos impedían celebrar la llegada de Hensch con delectación inocente, también reconocíamos que sin esos dudosos estímulos quizá ni siquiera hubiéramos asistido al espectáculo, pues el arte de arrojar cuchillos, a pesar de su aparente peligro, es un arte domesticado, un arte pasado de moda, apenas una diversión anticuada y pintoresca en estos tiempos. Los únicos lanzadores de cuchillos que alguno de nosotros había visto alguna vez fue en las atracciones secundarias de los circos o en las *diez-en-uno*¹ de las ferias, junto con la mujer gorda y el esqueleto humano. Hensch, imaginábamos, debía estar harto de sentirse como un fenómeno entre fenómenos; debía necesitar una salida. ¿Acaso no era un artista, a su manera? Así que admirábamos su osadía, aunque deplorábamos su método y despreciábamos la vulgaridad de su espectáculo; cuestionábamos los rumores, intentábamos recordar qué sabíamos de él, nos interrogábamos implacablemente. Algunos soñábamos con él: un hombre simiesco con pantalones ajedrezados y sombrero rojo, un oficial severo con botas relucientes. Los mensajes promocionales solo mostraban un cuchillo en una mano enguantada. ¿Es sorprendente que no supiéramos qué sentir?

Hensch entró en el escenario exactamente a las ocho: un hombre vivaz y sonriente con faldones negros. Su entrada nos sorprendió. Aunque la mayoría estábamos sentados desde las siete y media, otros todavía estaban llegando, atravesando los pasillos, rozando rodillas para sentarse en butacas chillonas. Estábamos tan acostumbrados a las demoras causadas por los impuntuales que se entendía que un espectáculo de las 20:00 empezara a las 20:10, incluso 20:15. Cuando Hensch atravesó el escenario, un hombre grave y concentrado, de cabello negro y coronilla calva, no supimos si admirarlo por su indiferencia suprema a nuestros ruidos, o si detestarlo por su negativa

1. El autor usa la expresión *tent-in-one* –forma coloquial de las ferias para referirse a las carpas con diez atracciones que contenían a peculiares individuos como la mujer barbuda o el hombre elefante– haciendo un juego de palabras con la expresión *ten-in-one* o “diez en uno”. (N. del E.).

a tolerar la menor demora. Se dirigió rápidamente hacia una mesa donde descansaba una caja de caoba. No llevaba guantes. En el rincón opuesto del escenario, en el fondo, un tabique de madera negra bisecaba las paredes. Hensch se instaló detrás de la caja y la abrió, mostrando el destello de los cuchillos. En ese momento una mujer de vestido blanco y suelto se puso delante del tabique negro. Tenía el cabello claro estirado hacia atrás y sostenía un cuenco de plata.

Mientras los rezagados se abrían paso entre rodillas y abrigos, y se sentaban con aire culpable, la mujer nos miró y metió la mano en el cuenco. Sacó un aro blanco del tamaño de una fuente. Lo alzó y lo movió de un lado al otro, como invitándonos a inspeccionarlo, mientras Hensch sacaba media docena de cuchillos de su caja. Luego se puso a un lado de la mesa. Sostuvo los seis cuchillos en abanico en la mano izquierda, con las puntas hacia arriba. Los cuchillos tenían unos treinta centímetros de largo, y las hojas tenían forma de diamante alargado, y mientras Hensch aguardaba en el costado del escenario, un hombre de rostro inexpresivo, un hombre sin nada que hacer, tenía el aire ausente y aburrido de un niño grande que sostiene en la mano un presente embarazoso, esperando pacientemente a que alguien abra una puerta.

Con un movimiento suave, la mujer del vestido blanco arrojó el aro al aire, frente al tabique de madera negra. Súbitamente un cuchillo se clavó en la blanda madera, atrapando el aro, que quedó colgado del mango. Antes que supiéramos si aplaudir o no, la mujer arrojó otro aro blanco. Hensch alzó el cuchillo y lo arrojó con un movimiento elegante y veloz, y el segundo aro quedó colgado del segundo cuchillo. Cuando el tercer aro subió en el aire y quedó colgado del mango de un cuchillo, la mujer metió la mano en el cuenco y nos permitió inspeccionar un aro más pequeño, del tamaño de un platillo. Hensch alzó un cuchillo y clavó el aro volante contra la madera. Luego la mujer arrojó dos aros pequeños, uno tras otro, que Hensch atrapó en dos rápidos movimientos: el primero, en la cima de su trayectoria, el segundo, cerca del centro del tabique.

Observamos a Hensch mientras recogía tres cuchillos más y los extendía en abanico con la mano izquierda. Miró a su asistente con ceñuda atención, la espalda erguida, la gruesa mano al costado. Cuando ella arrojó tres aros pequeños, uno tras otro, vimos que el cuerpo de Hensch se tensaba y esperamos el tableteo de los cuchillos en la madera, pero él se quedó inmóvil, mirando con severidad. Los aros cayeron al piso, rebotaron, rodaron en el escenario como grandes monedas. ¿No le había gustado el modo de arrojarlos? Quisimos desviar los ojos, fingir que no habíamos visto. La asistente se apresuró a recoger los aros rodantes y recobró su posición junto a la pared negra. Pareció inhalar profundamente antes de arrojar de nuevo. Esta vez Hensch lanzó sus tres cuchillos a velocidad extraordinaria, y de pronto vimos los tres aros meciéndose sobre el tabique, el último a pocas pulgadas del piso. Ella señaló ampulosamente a Hensch, quien no se inclinó; festejamos con un vigoroso aplauso.

De nuevo la mujer del vestido blanco metió la mano en el cuenco, y esta vez sostenía entre el pulgar y el índice algo que ni siquiera los que estábamos en las primeras filas pudimos distinguir de inmediato. Avanzó un paso, y muchos reconocimos, entre sus dedos, una mariposa anaranjada y negra. Regresó hacia el tabique y miró a Hensch, quien ya había escogido un cuchillo. Con un gesto grácil la mujer soltó la mariposa. Aplaudimos mientras el cuchillo clavaba la mariposa en la madera, y los que estábamos en las primeras filas pudimos ver las alas que se batían con impotencia.

Eso era algo que nunca habíamos visto, que ni siquiera imaginábamos que veríamos, algo digno de recordarse; y al aplaudir evocábamos a los lanzadores de cuchillos de nuestra infancia, el olor del aserrín y el algodón de azúcar, la mujer con lentejuelas en la rueda giratoria.

La mujer de blanco extrajo los cuchillos del tabique negro y se los llevó a Hensch, quien los examinó y los limpió con un paño antes de regresarlos a la caja.

De pronto Hensch caminó al centro del escenario y nos enfrentó. Su asistente empujó al costado la mesa con su caja de cuchillos.

Abandonó el escenario y regresó empujando una segunda mesa, que puso del otro lado. Se alejó hacia la penumbra mientras las luces caían sobre Hensch y sus mesas. Vimos que apoyaba la palma izquierda sobre la mesa vacía. Con la mano derecha extrajo un cuchillo de la caja de la primera mesa. Súbitamente, sin mirar, arrojó el cuchillo al aire. Lo vimos ascender, detenerse, bajar. Alguien gritó cuando cayó en la palma de Hensch, pero Hensch alzó la mano y nos lo mostró, haciéndolo girar a un lado y a otro: el cuchillo había caído entre sus dedos. Hensch bajó la mano sobre el cuchillo, para que la hoja sobresaliera entre el índice y el anular. Arrojó tres cuchillos más al aire, uno tras otro: golpearon la mesa con un tableteo. La mujer de blanco salió de las sombras e inclinó la mesa hacia nosotros, para que viéramos los cuatro cuchillos que sobresalían entre los dedos de Hensch.

Oh, admirábamos a Hensch, estábamos cautivados por su delicada audacia; y sin embargo, mientras aplaudíamos estruendosamente, sentíamos cierta inquietud, cierta insatisfacción, como si se hubiera roto una promesa tácita. ¿Pues no nos habíamos sentido un poco avergonzados por asistir al espectáculo, no habíamos lamentado de antemano sus piruetas de mal gusto, su cuestionable extralimitación?

Como en respuesta a nuestra secreta impaciencia, Hensch caminó decisivamente hacia su rincón del escenario. La asistente de pelo claro lo siguió deprisa, empujando la mesa. Luego llevó la segunda mesa detrás del escenario y regresó al tabique negro. Se apoyó de espaldas, mirando a Hensch; su vestido blanco y suelto colgaba de delgados tirantes que se le deslizaron hasta los brazos. En ese momento sentimos en los brazos y la nuca un tenue hormigueo de emoción, pues ahí estaban ante nosotros, el oscuro maestro y la pálida doncella, como figuras de un sueño del que tratábamos de despertar.

Hensch escogió un cuchillo y lo alzó sobre su cabeza con lentitud; comprendimos que antes había trabajado muy velozmente. Con un brusco descenso del antebrazo, como si hachara un leño, soltó el cuchillo. Al principio creímos que le había dado en el brazo, pero

vimos que la hoja se había hundido en la madera y rozaba la piel. Un segundo cuchillo se clavó junto al otro brazo. Ella meció los hombros, como para liberarse del roce de los cuchillos, y solo cuando cayó el ondeante vestido, comprendimos que los cuchillos habían cortado los tirantes. Hensch nos tenía totalmente atrapados. Con sus piernas largas y su sonrisa, ella se deshizo del vestido caído y se irguió ante el tabique negro con una malla plateada con lentejuelas. Pensamos en acróbatas, jinetes, calurosas tiendas de circo en azules días de verano. El cabello claro y amarillo, las lentejuelas, la piel pálida tocada por las sombras, todo esto le daba el aire remoto y cerrado de una obra de arte, al tiempo que le confería una distante voluptuosidad, pues el destello metálico del traje parecía destacar la desnudez de la piel, turbadoramente expuesta, peligrosamente blanca, fresca y suave.

Pronto la asistente con lentejuelas caminó hacia la segunda mesa del fondo del escenario y sacó algo del cajón. Regresó al centro del tabique de madera y se apoyó una manzana roja en la cabeza. La manzana era tan roja y lustrosa que parecía pintada con esmalte para uñas. Miramos a Hensch, quien le clavó los ojos y se quedó muy quieto. En un solo movimiento Hensch alzó y arrojó. Ella se adelantó, dejando la manzana roja clavada en la madera.

Sacó una segunda manzana de la mesa y apretó el tallo entre los dientes. Junto al tabique negro se inclinó despacio hacia atrás hasta que la brillante manzana roja estuvo encima de sus labios levantados. La columna de la tráquea tensaba la piel de la garganta y las perillas de las caderas empujaban las lentejuelas plateadas. Hensch apuntó cuidadosamente y clavó el cuchillo en el centro de la manzana.

Luego ella sacó de la mesa un par de guantes blancos y largos y se los puso lentamente, estirándolos, haciendo girar las muñecas. Alzó las manos enguantadas una por vez, movió los dedos. Se apoyó en el tabique con los brazos extendidos y los dedos abiertos. Hensch la miró, alzó un cuchillo, arrojó; se clavó en la yema del anular de la mano derecha, sujetándola al tabique negro. La mujer miraba hacia adelante. Hensch recogió un grupo de cuchillos y los sostuvo en abanico en la mano izquierda. Rápidamente arrojó nueve

cuchillos, uno tras otro, y mientras se clavaban en la punta de los dedos, uno tras otro, de abajo arriba, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, nos movimos incómodamente en el asiento. En el súbito silencio ella se quedó con los brazos extendidos y los dedos llenos de cuchillos; las lentejuelas plateadas titilaban, los guantes blancos eran más blancos que sus pálidos brazos. Parecía que en cualquier momento bajaría la cabeza, como un mártir en la cruz. Luego, despacio, suavemente, sacó cada mano de su guante y dejó los guantes colgados de la pared.

Hensch agitó bruscamente los dedos, como para desechar todo lo anterior, y para nuestra sorpresa la mujer se acercó al borde del escenario y nos interpeló por primera vez.

–Ahora debo pedirles –dijo en voz baja– que guarden silencio, porque el próximo número es muy peligroso. El maestro me marcará. Por favor, no hagan ruido. Gracias.

Regresó al tabique negro y se paró allí, los hombros hacia atrás, los brazos hacia abajo pero apretados contra la madera. Miraba con firmeza a Hensch, quien parecía estudiarla; algunos diríamos después que en ese momento ella semejava una niña a quien están por golpear en la cara, aunque otros pensaban que lucía calma, muy calma.

Hensch eligió un cuchillo de la caja, lo sostuvo un instante, alzó el brazo y arrojó. El cuchillo se clavó junto al cuello de la mujer. Había errado... ¿Era posible? Sentimos un cosquilleo de decepción, que de inmediato se convirtió en vergüenza, profunda vergüenza, pues no habíamos ido en busca de sangre, solo de... otra cosa. Y mientras nos preguntábamos qué habíamos ido a buscar, nos sorprendió ver que ella alzaba una mano y extraía el cuchillo. Vimos, en el cuello, el hilito rojo que llegaba hasta el hombro; y comprendimos que su blancura estaba destinada a este momento. Aplaudimos con fervor mientras ella se inclinaba y alzaba el cuchillo reluciente, asegurándonos así que estaba herida pero bien, o bien herida; y no sabíamos si festejábamos su bienestar o su herida, o el toque del maestro, que había cruzado la frontera, que nos había llevado a salvo hasta el reino de las cosas prohibidas.

Aún mientras aplaudíamos, ella giró y abandonó el escenario, regresando momentos después con un largo vestido negro de mangas largas y cuello alto, que ocultaba la herida. Imaginamos la venda blanca bajo el cuello negro; imaginamos otras vendas, otras heridas, en sus caderas, su cintura, sus senos. Negro contra negro se erguían ahí, ella y él, unidos por lo que parecía un oscuro pacto, como si ella fuera su hermana melliza, o como si ambos estuvieran en el mismo lado de un juego en el que participábamos todos, un juego que ya no comprendíamos; y en verdad ella se veía mayor con el vestido negro, más severa, una vieja maestra o una tía solterona. No nos sorprendimos cuando se adelantó para hablarnos de nuevo.

–Si algún integrante del público desea ser marcado por el maestro, recibir la marca del maestro, ahora es el momento. ¿Hay alguien?

Todos miramos en torno. Se alzó una sola mano vacilante, pero bajó de inmediato. Se alzó otra mano; pronto hubo otras manos, cuerpos jóvenes que se estiraban con avidez; y la mujer de negro bajó del escenario, caminó despacio por un pasillo, mirando atentamente, reflexionando, hasta que se detuvo y señaló:

–Tú.

Reconocimos a Susan Parker, una estudiante de la secundaria que podía haber sido nuestra hija. Miró inquisitivamente a la mujer, las cejas enarcadas, señalándose a sí misma, ruborizándose al comprender; y mientras subía la escalinata del escenario la observamos atentamente, preguntándonos qué había visto en ella la mujer de negro para que fuera la escogida, preguntándonos qué pensaba Susan Parker mientras seguía a la mujer de negro hacia el tabique de madera. Tenía jeans holgados, un suéter ceñido y negro, cabello corto, rojizo y lustroso. ¿La habían escogido por su tez blanca? ¿Por su aplomo? Queríamos gritarle que se sentara, que no tenía que hacerlo, pero guardamos respetuoso silencio. Hensch la miraba inexpresivamente desde su mesa. Comprendimos que en ese momento confiábamos en él; nos aferrábamos a él; era todo lo que teníamos; pues si no estábamos absolutamente seguros de él, ¿quiénes éramos nosotros, qué éramos nosotros, si permitíamos que las cosas llegaran a semejante extremo?

La mujer de negro condujo a Susan Parker hasta el tabique de madera y la acomodó: la espalda contra la madera, los hombros erguidos. Vimos que acariciaba suavemente, casi tiernamente, el pelo corto de la muchacha, alzándolo y dejándolo caer. Luego tomó la mano derecha de Susan Parker y se puso a la derecha de la muchacha, de modo que todo el brazo quedó extendido contra el tabique negro. Sostuvo la mano de Susan Parker, mirando el rostro de la muchacha como si la consolara; y notamos que el brazo de Susan Parker lucía muy blanco entre el suéter negro y el vestido negro, contra la madera negra del tabique. Mientras las mujeres se miraban, Hensch alzó un cuchillo y arrojó. Oímos el chasquido ahogado de la hoja, oímos el jadeo de Susan Parker, vimos que cerraba la otra mano. Rápidamente la mujer de negro se puso frente a ella, extrajo el cuchillo, se volvió hacia nosotros, alzó el brazo de Susan Parker y nos mostró la estría roja en el antebrazo claro. Metió la mano en un bolsillo del vestido negro y sacó una caja de hojalata. De la caja sacó un bollo de algodón, una gasa y un rollo de cinta quirúrgica blanca, cubriendo rápidamente la herida.

–Ya está, querida –le oímos decir–. Fuiste muy valiente.

Susan Parker atravesó el escenario con la mirada gacha, alejando del cuerpo el brazo vendado; y mientras comenzábamos a aplaudir, porque aún estaba allí, porque había salido indemne, la vimos alzar los ojos y sonreír tímidamente, antes de bajar las pestañas y descender la escalinata.

Se alzaron más brazos, las butacas crujían, había susurros y murmullos, pues otros ansiaban ser elegidos, ser marcados por el maestro, y una vez más la mujer de negro se adelantó para hablar.

–Gracias, querida. Fuiste muy valiente, y ahora llevarás la marca del maestro. La atesorarás toda tu vida. Esta es una marca muy leve, muy leve. El maestro puede marcar más profundamente, mucho más. Aunque es preciso ser digno de ello. Quizás algunos de ustedes ya sean dignos de ello, pero ahora les rogaré que bajen las manos, pues tengo conmigo a alguien que está preparado para recibir la marca. Por favor, les pido silencio a todos.

Desde la derecha del escenario avanzó un joven que debía tener quince o dieciséis años. Llevaba pantalones negros y camisa negra, y usaba gafas sin montura que reflejaban la luz. Andaba con soltura, y vimos que tenía una suerte de belleza esmirriada y desmañada, la belleza, pensamos, de un ave acuática, una garza. La mujer lo condujo al tabique de madera y le indicó que apoyara la espalda. Caminó hacia la mesa del fondo del escenario y extrajo un objeto que llevó hasta el tabique. Alzando el brazo izquierdo del joven, para extenderlo contra la pared al nivel del hombro, le acercó el objeto a la muñeca y comenzó a sujetarlo a la madera. Parecía ser una grapa que sostenía el brazo a la altura de la muñeca. Luego le acomodó la mano: la palma hacia nosotros, los dedos juntos. Alejándose, lo miró reflexivamente. Luego caminó hacia el lado libre, le tomó la otra mano y la sostuvo suavemente.

Las luces del escenario se apagaron y un foco rojo alumbró a Hensch y su caja de cuchillos. Una segunda luz, blanca como el claro de luna, alumbró al joven y su brazo extendido. El otro lado del joven permanecía en la oscuridad.

Aunque el espectáculo parecía acicatearnos con una promesa de peligro, un giro perturbador e inadmisibles, incluso inconcebibles, recordamos que hasta ahora el maestro solo había rasguñado un poco de piel, que su número era público y no era nuevo, que el joven parecía calmo; y aunque reprobábamos el exagerado efecto de la iluminación, el tosco melodrama, admirábamos secretamente la destreza con que ese espectáculo jugaba con nuestros miedos. No sabíamos bien qué temíamos. Pero allí estaba el lanzador de cuchillos, bañado en una luz sanguinolenta; allí estaba la pálida víctima, engrillada a una pared; en las sombras, la mujer de negro; y en la luz resplandeciente, en el silencio, en el ritmo mismo de la velada, la promesa de entrar en un sueño oscuro.

Y Hensch tomó un cuchillo y arrojó; algunos oyeron el brusco jadeo del muchacho, otros, un grito agudo. En la blancura de la luz vimos el mango del cuchillo en el centro de su palma ensangrentada. Algunos dijeron que, al clavarse el cuchillo, la cara conmocionada

del joven brilló con una alegría intensa, casi dolorosa. Súbitamente la luz blanca iluminó a la mujer de negro, quien alzó triunfalmente el brazo libre; luego extrajo la hoja, envolvió la palma en tiras de gasa, enjugó el rostro transpirado del joven con un paño y lo condujo fuera del escenario rodeándole la cintura con el brazo. Nadie emitió un sonido. Mirábamos a Hensch, quien seguía a su asistente con los ojos.

Cuando ella regresó, sola, se adelantó para hablarnos mientras las luces del escenario volvían a la normalidad.

—Eres un joven valiente, Thomas. No olvidarás pronto este día. Y ahora debo decir que en esta velada solo tenemos tiempo para un número más. Sé que muchos de ustedes desean recibir la marca en la palma, como Thomas. Pero ahora pediré algo distinto. ¿Hay esta noche en el público alguien que desee...? —Hizo una pausa, no una vacilación, sino un énfasis—. ¿Hay alguien que desee hacer el sacrificio supremo? Se trata de la marca final, la marca que solo se puede recibir una vez. Por favor, piensen bien antes de alzar la mano.

Queríamos que dijera más, que explicara claramente qué significaban esas palabras enigmáticas, que nos llegaban como un susurro en la oscuridad, palabras elusivas que parecían burlarse de nosotros, y miramos tensa y ávidamente alrededor, como si con el mero esfuerzo de mirar afirmáramos nuestra vigilancia. No vimos manos, y quizás en el centro de nuestro alivio hubiera un toque de decepción, pero aun así era alivio; y si bien todo el espectáculo había conducido hacia un momento abrumador que ya no llegaría, nuestro lanzador de cuchillos nos había entretenido, nos había llevado lejos, y aunque cuestionáramos su arte cruel estábamos dispuestos a ofrecer nuestro aplauso.

—Si nadie alza la mano... —dijo, escrutándonos como para indagar nuestros pensamientos secretos, mientras nosotros, como eludiendo sus ojos, mirábamos en derredor—. ¿Sí?

Nosotros también vimos esa mano a medio alzar, que quizá siempre había estado ahí, invisible en la penumbra, y vimos que la desconocida se ponía de pie y se abría paso entre rodillas, abrigos

y espectadores que se levantaban a medias. La vimos subir la escalinata, una muchacha alta de aire triste, con jeans y blusa oscura, de cabello largo y lacio, y hombros desgarrados.

–¿Cómo te llamas? –murmuró la mujer de negro, y no pudimos oír la respuesta–. Bien, Laura. ¿Así que estás preparada para recibir la marca final? Entonces debes ser muy valiente. –Volviéndose hacia nosotros, dijo–: Debo pedirles, por favor, que guarden absoluto silencio.

Condujo a la muchacha hacia el tabique negro y la acomodó: barbilla erguida, manos a los costados.

La mujer de negro retrocedió, como evaluando su labor, y se dirigió al fondo del escenario. En este punto algunos quisimos gritar, exigir una explicación, pero no sabíamos exactamente a qué nos oponíamos, y la idea de distraer a Hensch, de provocar una herida, nos contuvo, pues vimos que él ya había escogido un cuchillo. Era una nueva clase de cuchillo, o así nos pareció, un cuchillo más largo y delgado. Y nos pareció que las cosas sucedían muy deprisa en el escenario, pues no hubo iluminación, ni el dramatismo de un súbito oscurecimiento, sino que Hensch, en medio de nuestra incertidumbre, hizo lo que hacía siempre: lanzó el cuchillo. Algunos oímos el grito de la muchacha, otros se sorprendieron de su silencio, pero lo que recordamos todos fue la ausencia del ruido del cuchillo mordiendo la madera. En cambio, hubo un ruido más blando, más perturbador, semejante al silencio, y algunos dijeron que la muchacha miró hacia abajo, como sorprendida. Otros creyeron ver en su cara, en sus ojos, una expresión de embeleso. Mientras ella caía al piso, la mujer de negro se adelantó y extendió el brazo hacia el lanzador de cuchillos, quien por primera vez reconoció nuestra presencia. Se inclinó: una reverencia profunda, lenta, grácil, la reverencia de un maestro, hasta las rodillas. El telón rojo oscuro cayó despacio. Arriba se encendieron las luces.

Al salir del teatro, convinimos en que había sido un espectáculo habilidoso, aunque teníamos la impresión de que el lanzador de cuchillos había ido demasiado lejos. Había justificado su reputación,

que era incuestionable; sin siquiera tratar de congraciarse con nosotros, había capturado continuamente nuestra más profunda atención. Pero, a pesar de eso, no podíamos evitar la sensación de que tendría que haberlo logrado de otra manera. Desde luego, quizás el número final hubiera sido una estafa. Quizá la muchacha se levantó de un salto en cuanto cayó el telón, aunque algunos evocábamos rumores desagradables, encontronazos con la policía, acusaciones y desmentidas, un asunto turbio. En todo caso, nos recordamos, nadie la había obligado, no habían obligado a ninguno de ellos. Y sin duda era cierto que un hombre en la posición de Hensch tenía derecho a refinar su arte, a elaborar nuevos números para provocar curiosidad. Más aún, esos avances eran absolutamente necesarios, pues sin ellos un lanzador de cuchillos no podía sostener la atención del público. Como todos nosotros, tenía que ganarse el sustento, lo cual no era fácil en aquellos tiempos. Pero en definitiva, una vez que se pesaban los pros y los contras, y se evaluaba cada aspecto, no podíamos evitar la sensación de que el lanzador de cuchillos había ido demasiado lejos. Si se alentaban esos espectáculos, si se toleraban siquiera, ¿qué podíamos esperar en el futuro? ¿Alguno de nosotros estaría a salvo? Cuanto más lo pensábamos, más inquietud sentíamos, y en las noches que siguieron, cuando despertábamos de sueños perturbadores, recordábamos al lanzador de cuchillos con desasosiego y consternación.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA